



GALARDONADO. El escritor Eloy M. Cebrián, con la estatuilla del Premio Francisco Umbral. / J.M.E.

«La edición de libros se ha convertido en un asunto de ejecutivos con corbata»

Eloy Miguel Cebrián recibió, de manos de la ministra de Cultura, el VII Premio de Novela Francisco Umbral

ANA MARTÍNEZ ALBACETE

Llega con una sonrisa de oreja a oreja, con una cara de satisfacción que se advierte a la legua. Trae una mochila y, en su interior, la estatuilla que lo confirma como el Premio de Novela Francisco Umbral, concedido en su séptima edición por el Ayuntamiento de Majadahonda (Madrid), por su novela *El fotógrafo que hacía belenes*. Se lo entregó la ministra de Cultura, Pilar del Castillo. Él es Eloy Miguel Cebrián, profesor de Inglés y codirector de la revista literaria *El problema de Yorick*.

—¿Sorprendido?

—Pues claro que sí, porque cuando uno participa en un premio de estos es consciente de que hay muchísima gente que escribe y que las posibilidades son mínimas, porque para ser el ganador tienen que concurrir muchos factores: que guste la obra, que no haya liebre, ningún enchufado...

—¿Qué le impresionó de la entrega de premios?

—Me impresionó ver a Umbral. Cuando lo vi delante de mí, me pregunté qué hacía yo allí. Luego, la ministra me saludó con mucha amabilidad y sencillez. En la cena, hablamos de educación, de los hijos, de la familia... Me pareció una mujer encantadora.

—¿Era la primera vez que se presentaba a este premio?

—A este en concreto, sí.

—¿Con novela escrita guardada en un cajón?

—No soy dado a guardar las novelas en los cajones, procuro darles una oportunidad. En el caso de *El fotógrafo que hacía belenes* la había mandado a algunos agentes y luego decidí presentarla a este Premio.

—¿Por algún motivo especial?

—Porque creo que es una convocatoria modesta que, para mí, tiene dos ventajas enormes: llevaba el nombre de Umbral, lo que es un aval si lo ganas, y luego la cuantía no era grande, por lo que desechas que se presenten escritores más consagrados.

—¿Decía que para que una novela obtenga un premio tienen que concurrir varios factores, ¿qué le comentó el jurado de su obra?

—El dramaturgo Juan José Alonso Millán me repitió muchas veces que estaba muy bien escrita, está mal que yo lo diga, pero esas fueron sus palabras. También me dijo que se había reído mucho y para un hombre que ha escrito mucha comedia tiene un gran valor que comente eso.

—¿Cuál es el origen de la novela?

—La novela surge de un relato que escribí hace seis años. Yo llevaba mis carretes de fotografía a revelar a un establecimiento cuyo propietario es belenista. Un día entré y me encontré que en la tienda, que no es muy grande, había un belén enorme y precioso que ocupaba casi todo el espacio. Esa imagen se me quedó en la cabeza y escribí un relato que dio origen a la novela. En este sentido, me gustaría dejar claro que la historia nada tiene que ver con este señor, no lo conozco ni sé nada de su vida, aunque cuando salga el libro le regalaré un ejemplar.

—¿Cómo es la historia?

—El protagonista es un fotógrafo que todas las navidades monta un gigantesco belén en su tienda y, a la vez, colabora con la policía. A partir de ahí se desencadena una trama policiaca disparatada y divertida, en la que hay asesinatos, ambientes sórdidos, sectas...

—Una novela de humor negro...

—Absolutamente negro. Es una novela con un humor muy sarcástico, aunque hay mucho de

sátira. Además transcurre en una ciudad que se parece mucho a esta. Hay escenarios que se reconocen bastante bien.

—Si es de género negro y policiaco, ¿por qué no la presentó al *Rodrigo Rubio* de la Diputación?

—Porque no queda elegante, porque la Diputación me ha publicado novelas y no me parece ético.

—¿Ha tenido otras experiencias con el género negro?

—No, ni siquiera soy gran lector de la novela policiaca. He leído a los grandes y he visto películas, pero esta obra no es una novela policiaca al uso. Alguna de las escenas de la novela hacen homenaje a *El Sueño Eterno*, pero debajo de eso no está el espíritu de la novela negra, la tendencia tira más hacia el esperpento y la sátira.

—¿Le dedicó mucho tiempo?

—Alrededor de un año y medio. Lo que hacía era mandarla a los amigos por capítulos, sobre todo a Antonio García Muñoz, y me iban sugiriendo cosas.

—Cuándo un escritor empieza con una novela, ¿conoce el final?

—Hay que procurar saber el final, porque si no se vuelve deslavazada y te obliga a reescribir los pasajes grande de la novela. Pero lo que ocurre es que las cosas son imprevisibles, y lo que en principio crees que es el personaje secundario, luego le puede robar el protagonismo al principal. Luego, una novela, además de inspiración, es un trabajo de técnica.

—La técnica se puede aprender con los años y mucha escritura, pero ¿la inspiración?

—Más que la inspiración lo que se desarrolla es la imaginación. Recuerdo una cita que leí que decía que cuando un escritor se encierra a escribir lo tiene que concebir como si estuviera en un cuarto de juego de niños. En la novela no hay que ponerse límites, hay que dejar que los personajes fluyan, porque si no la obra adquirirá mucha rigidez.

—¿Ha probado con la poesía?

—Hice algunos intentos pero está claro que Dios no me ha llamado por este camino. No obstante, leer poesía me ayuda a escribir mejor prosa. Mi poesía es pésima, lo mío son los relatos. De hecho, quedé entre los diez finalistas del Premio de Relatos NH, que cuenta con un jurado de mucho prestigio.

—¿Cuál es el problema de Yorick?

—Que no tenemos un duro (risas). Estamos preparando un nuevo número sobre literatura infantil. Será un número muy variado, con secciones para niños, otra para la participación de los colegas y una tercera para adultos sobre recuerdos de la infancia.

—¿Qué enfermedad cree que padece la literatura española?

—El intrusismo. No entiendo que alguien por salir en un concurso, salir en televisión o ser director de cine tenga garantía para escribir un buen libro. La edición se ha convertido en un asunto de ejecutivos con corbata. Tienden a los escritores muy consolidados y al circo de presentadores y famosos que no depararán ninguna sorpresa. La literatura es mucho más que eso: es comunicación. Un solo lector ya justifica un libro.

«La ministra de Cultura me pareció una mujer encantadora»

«Dios no me ha llamado por el camino de la poesía»

«Cuando vi a Umbral delante de mí me pregunté qué hacía yo allí»